

# ¿HACE FALTA EL EMPLEO DE UNA BUENA REVISTA INFANTIL?

Por  
**Agustín Serrano de Haro**

Es muy difícil hablar de "prensa infantil". Y más difícil todavía sostener un criterio que sea aceptado por una mayoría.

Sin pretensiones, vamos a intentar exponer unos cuantos principios en los que nos parece puede haber coincidencias fundamentales.

Es uno, que al niño hay que ponerle en contacto con el mundo circundante, un mundo vario, múltiple, desconcertante aún para nosotros los adultos, con cosas maravillosas y cosas vituperables, con datos de interés y noticias triviales, con sugerencias para el ejercicio de las más nobles virtudes y con sutiles incitaciones a los vicios. Mejor dicho: no es que hay que ponerle en contacto, es que el contacto se establece de un modo espontáneo, natural y permanente. Lo que procede, lo que apremia, desde un punto de vista educativo y humano, es disponer a los muchachos para captar los valores positivos y para que repudien los contrarios, ofreciéndoles los primeros con lá incitante sugestión de sus propios hermosos valores y haciendo todo lo posible para que su interés y su espíritu no se zambullan patoló-

gicamente en la charca hedionda en la que, a cada paso, puede presentárseles el peligro de caer.

Si en la selección de textos y dibujos, si en el acopio de las informaciones, si en la disposición y en el formato, se consigue que los niños, espontáneamente, vayan a un periódico, que deseen su llegada, que lo busquen con avidez, que se embeban en su lectura; casi insensiblemente, los habremos dispuesto para una de las más fecundas sembraduras sistemáticas que tiene que realizar la educación.

Pero ¿no basta con lo que ésta hace de un modo intencionado y directo, con unos programas cuidadosamente elaborados, con unos libros pedagógicamente impecables, con unos instrumentos didácticos perfectos?

Pues quizá no. La vida fluye sin intermisiones, sin esquemas preconcebidos, con una inefable desordenada eclosión y a cada paso y para cada retina y cada inteligencia y cada sensibilidad ofrece espectáculos nuevos y distintos, que es imposible, totalmente imposible, tener detalla-

damente previstos. Los medios didácticos habituales abren los grandes horizontes, ensanchan los caminos, enriquecen el espíritu, asientan con firmeza los principios, ayudan poderosamente a la formación de criterios. Pero la vida no cabe en un molde, por sabiamente que esté constituido, la vida entera se vuelca impetuosa sobre el alma del niño. Y si no preparamos cauces, ella se los abrirá, con los mismos riesgos de la erosión de la aguas en la tierra.

¿Podrá contribuir a la preparación de esos cauces un buen periódico escolar; un periódico al que vaya el niño a disfrutar; en el que encuentre, seleccionado y depurado, todo ese torrente de casos y de cosas de que oye hablar en la radio, en la televisión, en las conversaciones familiares, en los rumores y palabras de la calle, quedándose a medias en la comprensión, quizá desconcertado por el impacto de sorpresas y misterios?

A mí me parece que sí.

Por añadidura, no hay ya fuentes selladas ni jardines cerrados para los niños. A la avidez de sus ojos llegan en tropel verdades y mentiras, lo escandaloso y lo honesto, la acción heroica y el crimen desgarrado. Y es muy difícil que cuajen criterios claros y firmes, en medio de tanta confusión. Aún los hombres hechos y derechos vacilan. ¿Cómo no han de vacilar los pies que apenas si han comenzado a recorrer los escabrosos caminos de la vida?

Bien es verdad que a que conozcan, amen y actúen noblemente tiende todo —o casi todo— lo que es educación intencionada. Pero como también les estamos enseñando a investigar por sí, bueno será poner a su alcance elementos de selección y orientación tan naturales como es el periódico, al que ellos ven que todo el mundo acude para no perder el ritmo de la vida. El periódico será un campo de in-

vestigación personal que le sale al paso.

Es muy aleccionador que a niños a los que cuesta trabajos sin fin hacerles coger los libros, les veamos absorbidos en la lectura de una revistilla nacida al mero impulso de lo comercial y lucrativo.

Si tenemos una publicación que tenga y aun supere los atractivos que puedan ofrecerles esas otras y que, además, les lleve gérmenes de formación de la mejor ley en los órdenes religioso, moral, científico y estético, creo que habremos alcanzado la plenitud horaciana: "Consigue el éxito supremo el que a lo agradable mezcla de útil, deleitando y enseñando a la vez".

Y no olviden quienes tal empresa acometieren la multitud pavorosa e incontable de peligros que hoy acechan a los niños y a los adolescentes, metiéndoselos por los ojos y por los oídos: el erotismo en todas sus crudezas, el edonismo que está calando hasta los huesos a esta dichosa "sociedad de consumo", los grandes escándalos políticos y financieros, la general tolerancia de actos repulsivos y hasta de crímenes evidentes; el "embotamiento de la conciencia y la pérdida de capacidad para discernir lo que es bueno y lo que no lo es", en precisas expresiones del Fiscal del Tribunal Supremo; las drogas, que ya están llegando a la población escolar...

Busquen para nuestros hijos remansos serenos de paz, de sana alegría, de generoso esparcimiento, de estimulante recreación.

Una buena revista infantil es, sin duda, instrumento útil para conseguirlo. No desplazará ni debe desplazar a ninguno de los empeñados en la empresa suprema de la educación, pero puede ser un auxiliar poderoso de todos ellos.

Y ya hay una excelente revista que lo es.

Otra virtud más, y maravillosa, por cierto, encuentro yo en la posible publicación que vengo diseñando: la colaboración activa y personal de los propios niños.

Fijémonos en uno de los aspectos de esa colaboración: la redacción.

A los niños les gusta escribir. La historia nos ofrece ejemplos muy expresivos de niños artistas de la palabra: el de Lope de Vega dando su merienda a compañeros mayores para que le escribieran sus versos, cuando ya los hacía pero desconociendo aún los misteriosos mecanismos de las letras. El de Ovidio que confesó, ya poeta consagrado y excelso: "Todo lo que intentaba decir me salía en verso", y que, al ser castigado por su padre para que hiciera "cosa más positiva" que los versos, replicaba, lloroso y compungido, con estas deliciosas palabras:

*"Promitto, pater, promitto  
nunquam componere versus"*

Pero no tenemos que ir tan lejos: miles de Profesores saben del primor, el éxito y el gozo de los periódicos murales realizados por los alumnos en Escuelas y Colegios. Así como de la ilusión que despiertan en ellos y en las familias, los que el propio Colegio imprime en ciclostil.

De las virtudes que esto encierra en el orden educativo y en el cultural tampoco es éste el lugar para ponderarlo.

Pero, aceptado que sea bueno, añadamos que ese cultivo de la redacción necesita estímulos poderosos para ser, como tiene que ser, algo más que un simple trabajo escolar realizado con más o menos desgana o ilusión.

¿Y habrá estímulo más vivo que la acariciada esperanza de ver publicado lo que se escribe, de ver el propio nombre a la cabeza o al pie de aquel amado fruto tan personal que ya es parte del mismo ser?

De esto sabemos mucho todos

los que hemos tenido la suerte de vivirlo.

Pero ¿Dónde publican los niños? Aún a los autores consagrados les cuesta trabajo que las editoriales les acogan los libros; que periódicos y revistas den cabida a sus colaboraciones. ¿Quién, entonces, hará caso a un chaval de diez, doce o catorce años, que se presente ufano con un fruto de su ingenio, que él considerará estupendo, pero que es presumible que nadie se dignaría siquiera leer?

Nadie, no. Su revista. Esta sí que puede y debe tener secciones a disposición de sus pequeños colaboradores. No, por supuesto, para plagar las páginas de ingenuidades y tonterías, sino para seleccionar lo que valga la pena, para mantener la ilusión y el brío de los escritores en ciernes. Que hay muchos y su ardiente vocación irá languideciendo, como languidece todo lo que es vital y no encuentra medios aptos para desenvolverse en los caminos hacia la plenitud.

Si pudiéramos hacer una encuesta entre escritores, nos atreveremos a pensar que ni uno sólo se manifestaría en contra de una tesis que puede llevar dentro de sí muchas gratísimas sorpresas, muchas y muy fundadas esperanzas para el futuro de las buenas letras.

O sea: una buena revista infantil puede promover, impulsar, cultivar y encauzar las nacientes vocaciones literarias.

Y lo que decimos de la redacción podríamos decir del dibujo y de otras actividades e iniciativas que mantengan vivo, despierto, ilusionado, el espíritu de los niños.

Dicen que no tenemos papel. Y da pena que tanto papel se gaste en cosas inútiles y aun en muchas perjudiciales.

Si en mi mano estuviese, yo asignaría un "cupo de privilegio" a una buena revista infantil y juvenil.